

El archivo de Navarro Villoslada

Dos textos inéditos

Carlos MATA INDURÁIN *

1. Navarro Villoslada, un escritor olvidado

El pasado año 1995 se celebró el Centenario de la muerte de Francisco Navarro Villoslada, literato, político y periodista nacido en Viana (Navarra) en 1818. Entre los actos organizados para honrar su memoria se cuentan diversas conferencias, unas *Jornadas sobre novelistas y novela histórica actual*, un *Congreso Internacional sobre la novela histórica y la publicación de un libro*, *Francisco Navarro Villoslada (1818-1895) y sus novelas históricas* (Pamplona, Gobierno de Navarra, 1995), que fue antes mi tesis doctoral y que constituye una revisión completa de su vida y de su producción literaria. Estos actos, que hallaron el debido eco en la prensa navarra, tal vez hayan servido para paliar de algún modo el injusto olvido en que ha estado durante mucho tiempo la figura de Navarro Villoslada.

En efecto, estamos ante un personaje destacado –no solo en el ámbito de la cultura navarra, sino en el panorama de la vida española de la segunda mitad del siglo XIX– que brilló de forma notable en el periodismo y en la política, además de en la literatura. Como político, aparte de secretario del Gobierno Civil de Álava, fue tres veces diputado (por Estella en 1857 y por Pamplona en 1865 y 1867), secretario personal de Carlos VII en 1869-1870 y senador por Barcelona en 1871. Como periodista, fue colaborador, redactor, fundador o director (y hasta propietario, en algún caso) de numerosas publicaciones de prestigio: *El Correo Nacional*, *El Arpa del Creyente*, el *Semanario Pintoresco Español*, *El Siglo Pintoresco*, *El Español* y su *Revista Literaria*, *La España*, *El Padre Cobos* o *El Pensamiento Español*.

Navarro Villoslada fue un pensador tradicionalista, «católico a machamartillo», que defendió a ultranza los intereses de la Iglesia católica, al tiempo que fustigó la difusión en la Universidad española de los sistemas filosóficos krausista, panteísta y materialista; fue además uno de los más destacados publicistas de la causa carlista con su folleto *La España y Carlos VII* o su artículo «El hombre que se necesita». En suma, tanto desde la tribuna política como desde las columnas periodísticas, combatió los avances del liberalismo progresista que triunfaría en España con la revolución de septiembre de 1868.

En el ámbito de la literatura, el ilustre vianés suele ser recordado únicamente como novelista histórico autor de *Doña Blanca de Navarra* (1847), *Doña Urraca de Castilla* (1849) y, sobre todo, *Amaya o los vascos en el siglo VIII* (1879). Esta última obra alcanzó un formidable éxito

* Becario postgrado del Gobierno de Navarra

local entre los sectores tradicionalistas de las Provincias Vascongadas y Navarra porque constituía una exaltación del carácter y las costumbres de los antiguos vascones: fue tenida como «la epopeya del pueblo vasco» y a su autor se le consideró el «Walter Scott de las tradiciones vascas». Amaya apareció en un momento muy oportuno desde el punto de vista del contenido ideológico que encierra (poco después de la ley de abolición de los Fueros vascos en 1876). Sin embargo, desde el punto de vista de la moda literaria, llegaba demasiado tarde, cuando las evocaciones románticas de su estilo estaban fuera de contexto en un panorama dominado ya por los escritores del Realismo.

Estas tres novelas históricas de Navarro Villoslada, como muchas otras escritas en España en los años 1834-1844 (*El doncel de don Enrique el Doliente*, de Larra; *El señor de Bembibre*, de Gil y Carrasco...), siguen el modelo de *Ivanhoe*, *El talismán* y las *Waverley Novels* de Walter Scott, ya que su imitación era garantía casi segura de éxito comercial. En todas ellas existe un narrador tradicional en tercera persona, que controla todos los hilos del relato y que guía de la mano al poco avezado lector decimonónico. Los personajes suelen ser tipos (aunque en Amaya están algo más individualizados). Los recursos de intriga son también tópicos: ocultación de la verdadera personalidad de algún personaje, uso de prendas y objetos con valor simbólico, uso de la superstición, etc. Las novelas del vianés se particularizan por la abundancia y la agilidad de sus diálogos y por la presencia de frecuentes rasgos de humor, junto con otras reminiscencias cervantinas.

70

Pero importa señalar ahora que Navarro Villoslada cultivó todos los géneros literarios de su época, siendo autor de muchas obras que apenas son conocidas. Así, escribió dos novelas folletinescas (*Las dos hermanas* y *El Antecristo*, las dos de 1845) y otra pseudoautobiográfica (*Historia de muchos Pepes*, 1879). Se acercó al género Costumbrista con artículos como «El canónigo», «El arriero» y «La mujer de Navarra». Escribió divertidos cuentos («La luna de enero», «Aventuras de un filarmónico», «Mi vecina») e interesantes leyendas históricas de tema navarro («La muerte de César Borja», «El castillo de Marcilla»). Como autor dramático, estrenó y publicó una comedia seria (*La prensa libre*, 1844), otra de enredo (*Los encantos de la voz*, 1844), un drama histórico (*Echase en brazos de Dios*, 1855) y el libreto de una zarzuela (*La dama del rey*, 1855). Como poeta nos ha legado un ensayo épico titulado *Luchana* y varias composiciones líricas de tema religioso o moral («A la Virgen del Perpetuo Socorro», «Al Niño Jesús», «A Jesús crucificado», «A Pío IX», «Las ermitas», «Meditación»). A todo ello habría que añadir otras obras menores como sus biografías de San Alfonso María de Ligorio y de Zumalacárregui o su traducción *García Moreno, presidente de la República del Ecuador*.

2. El archivo de Navarro Villoslada

A lo largo de su dilatada vida, Navarro Villoslada reunió un archivo considerable que ha sido conservado, desde su muerte, por sus descendientes. Con motivo de la celebración de su Centenario en 1995, sus tres bisnietos, D.L' Teresa, D. Juan y D. Mariano Sendín Pérez-Villamil, decidieron generosamente donarlo a un centro de investigación navarro, en concreto, a la Biblioteca de Humanidades de la Universidad de Navarra, para su custodia y catalogación, de la que ahora me estoy encargando.

Este valioso archivo consta de borradores de obras literarias, documentos de tipo político (incluyendo correspondencia inédita del propio Carlos VII, de Cándido y Ramón Nocedal, de Arjona, de Melgar, del Barón de Sangarrén, etc.), un rico epistolario en el que no faltan las cartas de destacados literatos de su época (Mesonero Romanos, Hartzzenbusch, Zorrilla, Bretón de los Herreros, Navarrete, Romero Larrañaga ...), junto a otros documentos menos interesantes (cartas familiares, información de fincas y propiedades, rentas, capellanías, etc.). Aparte de las etiquetas y rótulos que introdujo el propio escritor, la ordenación que se aprecia corresponde a una de sus hijas, D.^a Petra, quien, además de agrupar los documentos en legajos y carpetas con sus correspondientes epígrafes, añadió algunas interesantes notas aclaratorias. Se trata, en conjunto, de un copioso archivo rico en documentos que hasta la fecha sólo habían consultado algunas personas, como el P. Juan Nepomuceno Goy, Beatrice Quijada Cornish o José Simón Díaz, quienes se acercaron parcialmente a la figura de Navarro Villoslada y publicaron algunos trabajos, pero que no sacaron de él todo el partido que se podía esperar.

A continuación doy, en rapidísima reseña, un listado de las principales obras literarias inéditas en él conservadas y, en el siguiente apartado, ofreceré la transcripción de un par de textos literarios breves.

Dejando aparte los borradores de poemas, de artículos eruditos y de algunas revistas manuscritas como *La Mariposa*, *Estudios* y *Ociosidades* o *Semanario de Erudición*, *Literatura* y *Bellas Artes*, se conserva una *Historia de la Imprenta Nacional de Madrid comparada con las del Estado en París y Viena* y un *Itinerario de Madrid a Viena y de Viena a Madrid*. Borradores incompletos de obras dramáticas son: *El emisario. Comedia en tres actos y en verso*; *La Heroína. Drama*; *Vida común*; *El nigromante. Zarzuela*; *El titiritero. Disparate chino en un acto*; *Un don Quijote al revés o Pródigo de sí mismo*. Completas encuentro las piezas *Bajarse para triunfar*; *El medio entre dos extremos, o sea, Ser esposa y madre fiel. Drama trágico en dos actos*; y *Enamorar con peluca*; hay también borradores de *La Imprenta*, que luego fue *La prensa libre*. Y diversas versiones de la obra que finalmente se tituló *Echarse en brazos de Dios: Paz y Fueros, El deber y la pasión* o *La Princesa de Viana, El Mariscal* o *Los bandos de Navarra, Don Felipe de Navarra, La Penitente...*

Existe un plan y varios capítulos de una novela folletinesca titulada *La Niña de la Azucena* (en otras versiones el título es *La Niña del Milagro*). Pero mucho más importantes resultan las distintas versiones conservadas de un proyecto narrativo titulado globalmente *Pedro Ramírez* (nombre de su principal protagonista), que iba a incluir dos novelas centradas ambas en la época de los Reyes Católicos, pero en distintas fechas: *Doña Toda de Larrea* o *La madre de la Excelenta* (ambientada en torno al año 1483 en Bilbao) y *El hijo del Fuerte* o *Los bandos de Navarra* (cuya acción se sitúa en 1512, en Viana y Vitoria). Pese a ser idea que rondó por la cabeza del novelista desde los años 40, y pese a sus esfuerzos de última hora por terminirlas (todavía hacia 1893 trabajaba en ellas), no pudo dar la última mano a estas dos obras de las que se conservan, no obstante, varios capítulos redactados. Dado su interés, estudiaré en el futuro este interesantísimo proyecto narrativo.

3. Transcripción de dos textos inéditos

El primero es un artículo de época juvenil (se aprecia cierta tosquedad de estilo e incluso algunas incorrecciones: en el ms. aparece escrito rez, huespez, contextó y dextreza, y hay algu-

nos casos de leísmo), pero que resulta representativo por presentar un tono irónico característico del autor. El segundo lo elijo porque refleja parte del pensamiento de Navarro Villoslada, en concreto, sus ideas sobre la caridad (se sabe que en el verano de 1855 atendió personalmente en Viana a los enfermos de cólera).

«Un preso en la cárcel robando a un compañero»

No hay duda que el que es inclinado a la maldad y al crimen no puede olvidar nunca su pasión viciosa en dondequiera que se encuentre. En esta cárcel de uno de los Partidos judiciales de la Provincia de Toledo se halla preso un sujeto que por apodo llaman *Medianariz*, al que se le encausó por graves y muy vehementes sospechas de incendio en su misma casa y robo al mismo tiempo hecho a cierto Padre ex-provincial de los Misioneros de Filipinas que habitaba con dos criados en aquella casa. Se cree que el robo fue muy regular, aunque no le manifestó del todo aquel Padre por razones ocultas, pero que no se desconocen. El preso es muy mañoso y de los más diestros y más sutiles que acaso ejercen la profesión: es fama que en otra ocasión hizo otro robo en el colegio de los misioneros de Filipinas, y de cuenta, por lo que parece aficionado al dinero de aquellas regiones de Asia. No ha mucho fue procesado por haber entrado en casa de su padre y robádole unos dos mil reales, de cuya causa salió según dicen absuelto de la instancia, como se asegura aquí que también en estos días le acaba de absolver la Audiencia del territorio por el robo del Padre ex-Provincial. A todos nos tiene el ladronzuelo sorprendido por sus ardidés, recelando vernos algún día dentro de la red que tiende con tanta maestría.

72

Es, no hay duda, muy grande, como lo acredita el siguiente hecho: entre los presos había uno recién llegado, novicio por tanto, que ignoraba la vida y costumbres de sus compañeros de cárcel; se encontraba herido y tenía que salir para el hospital. *Media-nariz*, con ojo alerta y cara alegre, se acercó a aquel nuevo huésped a darle un consejo del que se prometía un favorable resultado. «Amigo mío -le dijo-, mire V. si lleva algún dinero, y procure guardarle bien porque en el hospital registran la ropa y recogen el que hallan en los bolsillos.» Entonces el preso novicio y honrado asturiano le contestó que tenía una onza en el bolsillo dentro del pantalón, y haciendo caso de *Media-nariz* le manifestó que no sabía cómo ocultarla. El pilluelo le dijo: «Démela Vd. a mí, que yo se la esconderé.» No le acomodó del todo la propuesta al sencillo compañero, y entre los dos dispusieron coserla como se pudiese a la ropa. Entrega éste la onza a *Media-nariz*, y haciendo que se la colocaba en el bolsillo, extendiéndole bien y poniendo bien apretado el tirante encima, quedaron satisfechos los dos, el uno de que llevaba la onza, y el otro de que se quedaba con ella. Fue así que al acostarse el herido en el hospital, echando la mano al sitio donde creía estaba su onza, se encontró sin ella. Pero esto así pasó, sin que pueda adelantarse nada por la destreza del ladrón, que es tan sagaz que mañana se andará paseando entre nosotros. Se acordó tarde el descuidado y engañado dueño de la onza, y todo tiempo es perdido.

«Confesiones de un incrédulo. Episodio de la última invasión del cólera-morbo en España»

El día [un hueco en blanco] de octubre de 1854 se declaró oficialmente la aparición del cólera-morbo en Madrid. Las malas condiciones higiénicas de la mayor parte de las casas, la miseria en que viven las clases pobres, la paralización del comercio, la falta de trabajo y sobra

de inquietud que por efecto de los acontecimientos políticos reinaba a la sazón en los ánimos; el recuerdo de los estragos que aquella misteriosa enfermedad había hecho en la Corte veinte años antes; y el ejemplo que de su saña nos estaban dando otras ciudades de más puro ambiente y de mayor holgura que la nuestra, todo nos hizo presumir que íbamos a ser cruelmente castigados por aquel azote de la Divina Providencia.

Sea que el egoísmo vaya progresando con el siglo, sea que estamos hoy desengañados de los escasos medios que posee la medicina para combatir el cólera-morbo, ello es que en esta segunda invasión de la epidemia en España ha predominado en las personas acomodadas la práctica de huir de los parajes atacados. Esta conducta me había parecido cobarde en general y si en el torbellino de mis pasiones y negocios había pensado alguna vez en la posibilidad de que Madrid sirviese de albergue por algún tiempo al peregrino que iba recorriendo casi todas las provincias de España, jamás se me ocurría la idea de cederle mi casa abandonando las comodidades que en ella disfrutaba. Llegué presto, sin embargo, a contagiarme del temor general y ya la idea de la fuga me parecía racional y prudente.

Entonces fue también cuando se me ocurrieron por vez primera, al cabo de muchos años de completo olvido de las verdades religiosas que me habían imbuido en la niñez, vagas dudas acerca de las máximas filosóficas que, reemplazando a creencias dulces y morigeradoras, me hicieron caer en el lodazal de las más inmundas pasiones.

—¡Si fuera verdad lo que mis padres me han enseñado! —pensaba yo aquella noche revolviéndome en el lecho sin poder conciliar el sueño tan fácilmente como las anteriores. Me avergonzaba, sin embargo, de aquella inquietud: atribuíala a miedo, y alargando el brazo tomé un libro panteísta que yo leía siempre con gusto saboreando las gotas de hiel que lograba hacer destilar de su confusa palabrería.

La lectura me pareció insípida, pesada. Cerré el libro con algún despego, dudando de la sinceridad de su autor. Lo que antes creía un axioma, lo miraba cuasi como un insulto que el autor hacía al sentido común.

—En buen hora que Dios no sea tal como lo definen los católicos; ¡pero querer probarme que el mundo es Dios, que yo soy Dios, que lo malo es Dios!... Es el colmo del absurdo y de la impudencia.

Al fin me distraje de estos pensamientos con varias imaginaciones y, en fuerza de la necesidad y de la costumbre, me quedé dormido.

Aquel fue, Dios mío, el primer golpe que dio vuestra divina mano a las puertas de mi conciencia aletargada.

C. M.